

¿Soy un liberal?

x John Maynard Keynes



Lydia Lopokova y J.M. Keynes (1925)

Nota del editor:

Esta publicación es algo así como un prólogo necesario a un ensayo en curso acerca del pensamiento político, filosófico y económico de Keynes y sus más bien desconocidas aristas. Es en su propio lenguaje y referido a su contexto histórico.

El texto de 1925 se inicia con la presentación de su concepción liberal dirigida al Partido Liberal británico, sin privarse de opinar en contra de las leyes de herencia, y en contraste con lo que ve en el Partido Conservador y el Partido Laborista, durante el primer cuarto del siglo veinte y a pocos años de iniciada la revolución rusa. A continuación, el autor expresa sus opiniones políticas acerca de la paz, el gobierno, las cuestiones de género de su época (que hoy continúan), las drogas y asuntos económicos, el programa del Partido Liberal y los manuales conservadores o del viejo mundo que ese partido debería abandonar.

Es inocultable el estridente interés del pensamiento político, moral y económico de Keynes a cien años de

expresado, hoy en el primer cuarto del siglo veintiuno y a pocos meses del estallido de la pandemia del COVID-19 y sus consecuencias para la "justicia social" y la "estabilidad social".

"¿Soy un liberal?" es una conferencia dictada en dos partes por J.M. Keynes en la Liberal Summer School (Escuela Liberal de verano) que se reunió en Cambridge al norte de Londres, en agosto de 1925. Luego se imprimió como dos artículos en Nation & Athenaeum en agosto de 1925. Fue reimpressa en los Essays in Persuasion (Ensayos de persuasión) de Keynes de 1931, y se reprodujo en Collected Writings of John Maynard Keynes (Selección de Escritos de John Maynard Keynes, 1972. El texto original del discurso contiene un pasaje sobre el Partido Laborista que se omitió en la versión impresa, el que se incluye aquí entre corchetes.

La transcripción es tomada de <http://www.hetwebsite.net/het/texts/keynes/keynes1925liberal.htm>, y la traducción e hipervinculación es del editor de librevista.

Primera parte

Si uno nace como un animal político, es muy incómodo para uno el pertenecer a ningún partido; es frío, solitario y fútil. Si su partido es fuerte y su programa y filosofía son atractivos y satisfacen los instintos gregarios, prácticos e intelectuales, todo al mismo tiempo, ¡qué agradable debe ser! - Vale la pena una gran dedicación y todo el tiempo libre – siempre y cuando seas un animal político.

Por lo tanto, el animal político que pueda pronunciar las desafiantes palabras "No soy un hombre de partido", casi preferiría pertenecer a cualquier partido que a ninguno. Si no puede encontrar un hogar por el principio de atracción, debe encontrar uno por el principio de la repulsión e ir hacia aquellos que menos le gusten, en lugar de quedarse afuera en la fría intemperie.

Ahora tomemos mi propio caso: ¿dónde estoy aterrizando con esta prueba negativa? ¿Cómo podría llegar a ser un Conservador (del Partido Conservador, ed.)? Ellos no me ofrecen comida ni bebida, ni consuelo intelectual ni espiritual. No me divierten, ni emocionan o edifican. Lo que es común a esa atmósfera, la mentalidad, la visión de la vida de - bueno, no mencionaré nombres - no promueve mi propio interés ni el bien público. No lleva a ninguna parte, no satisface ningún ideal, no se ajusta a ningún estándar intelectual, ni siquiera es seguro, ni calculado para preservar de los malos relatos (*spoilers*) al grado de civilización que ya hemos alcanzado.

¿Debería, entonces, unirme al Partido Laborista? Superficialmente eso es más atractivo. Pero mirando más de cerca, hay grandes dificultades. Para empezar, es un partido de clase, y la clase no es mi clase. Si voy a perseguir intereses sectoriales, buscaré los míos. Cuando se trata de la lucha de clases como tal, mis patriotismos locales y personales, como los de todos los demás, excepto ciertos celos desagradables, están unidos a mi propio entorno. Me puede influir lo que me parezca justo y de buen sentido,

pero la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada.

[Pero esta no es la dificultad fundamental. Estoy preparado para sacrificar mis patriotismos propios por un importante propósito general. ¿Cuál es la verdadera repulsión que me mantiene alejado del Laborismo? No puedo explicarlo sin comenzar a acercarme a mi posición fundamental. Creo que en el futuro, más que nunca, las cuestiones sobre el marco económico de la sociedad serán, con mucho, las más importantes de los asuntos políticos. Creo que la solución correcta implicará elementos intelectuales y científicos que deben estar por encima de las cabezas de la gran masa de votantes más o menos educados (*illiterate*). Ahora, en una democracia, todos los partidos tienen que depender de esta masa de votantes con bajos conocimientos, y ningún partido alcanzará el poder a menos que pueda ganarse la confianza de estos votantes persuadiéndolos de manera general de que tiene la intención de promover sus intereses o que tiene la intención de satisfacer sus pasiones. Sin embargo, existen diferencias entre los diversos partidos en el grado en que la máquina del partido se democratiza de principio a fin y la preparación del programa del partido se democratiza en sus detalles. A este respecto, el Partido Conservador está en la mejor posición. El círculo interno del partido puede dictar casi los detalles y la técnica de la política. Tradicionalmente, la gestión del Partido Liberal también ha sido suficientemente autocrática.

Recientemente ha habido desaconsejables movimientos en la dirección de democratizar los detalles del programa del partido. Esta ha sido una reacción contra un liderazgo débil y dividido, para el cual, de hecho, no hay remedio excepto un liderazgo fuerte y unido. Con un liderazgo fuerte, la técnica de la política, a diferencia de los principios principales, aún podría dictarse desde arriba. El Partido Laborista, por otro lado, está en una posición mucho más débil. No creo que los elementos intelectuales del partido

puedan alguna vez ejercer un control adecuado]

Pero, sobre todo, no creo que los elementos intelectuales del Partido Laborista puedan alguna vez ejercer un control adecuado; demasiado será siempre decidido por aquellos que no saben en absoluto de qué están hablando; y si - lo que no es improbable- el control del partido es tomado por un círculo interno autocrático, este control se ejercerá en interés de la extrema izquierda: el sector del Partido Laborista que designaré el *Partido de la Catástrofe*. En la prueba negativa, me inclino a creer que el Partido Liberal sigue siendo el mejor instrumento para el progreso futuro, si solo tuviera un liderazgo fuerte y el programa adecuado.

Pero cuando llegamos a considerar el problema de los partidos positivamente, en referencia a lo que atrae más que a lo que repele, el aspecto es pésimo en todas las partes por igual, tanto si ponemos nuestras esperanzas en propuestas como en los hombres. Y la razón es la misma en cada caso. Las cuestiones de partidos históricas del siglo diecinueve están tan muertas como el cordero servido la semana pasada; y aunque las preguntas del futuro se avecinan, aún no se han convertido en cuestiones para los partidos y atraviesan las viejas líneas de los partidos.

La libertad civil y religiosa, las franquicias, la cuestión irlandesa, el autogobierno de los dominios (Australia, Nueva Zelanda, de la *Commonwealth*, ed.), el poder de la Cámara de los Lores, la progresividad abrupta de los impuestos sobre los ingresos y las fortunas, el uso pródigo de los ingresos públicos para la reforma social, digamos, Seguro Social para Enfermedad, Desempleo y Vejez, Educación, Vivienda y Salud Pública. Todas estas causas por las cuales luchó el Partido Liberal se lograron con éxito o son obsoletas o son el terreno común de todos los partidos. ¿Qué es lo que queda? Algunos dirán: la cuestión de la tierra. Yo no, porque creo que esta cuestión, en su forma

tradicional, ahora se ha convertido, en razón de un cambio silencioso en los hechos, de muy poca importancia política. Solo veo dos tablas de la histórica plataforma Liberal en condiciones de sostenerse: la cuestión del alcohol y el libre comercio. Y de estas dos, el libre comercio sobrevive como un gran problema político vivo y por accidente. Siempre hubo dos argumentos a favor del libre comercio: el argumento del *laissez-faire* que atrae y sigue atrayendo a los individualistas liberales, y el argumento económico basado en los beneficios que se derivan de que cada país emplee sus recursos donde tiene una ventaja comparativa. Ya no creo en la filosofía política que adornaba la doctrina del libre comercio. Creo en el libre comercio porque, a largo plazo y en general, es la única política que es técnicamente sólida e intelectualmente estricta.

Pero, en el mejor de los casos, ¿puede el Partido Liberal sostenerse solo en la cuestión de la tierra, la cuestión del alcohol y el libre comercio, incluso si llegara a un programa unido y claro sobre los dos primeros? El argumento positivo para ser liberal es, en la actualidad, muy débil.

¿Cómo sobreviven los otros partidos a la prueba positiva?

El Partido Conservador siempre tendrá su lugar como el *duro de matar* (*die-hard*). Pero de manera constructiva, está en tan mala posición como el Partido Liberal. A menudo no es más que un accidente de temperamento o de asociaciones pasadas, y no existe una diferencia real de política o de ideales, la que ahora separa al joven conservador progresista del liberal promedio. Los viejos gritos de batalla son apagados o silenciosos. La Iglesia, la aristocracia, los intereses territoriales, los derechos de propiedad, las glorias del imperio, el orgullo de los servicios, incluso la cerveza y el whisky, nunca más serán las cuestiones que guíen la política británica.

El Partido Conservador debería preocuparse por desarrollar una versión del capitalismo individualista

adaptada al cambio progresivo de circunstancias. La dificultad es que los líderes capitalistas en la ciudad y en el Parlamento son incapaces de distinguir las medidas novedosas para salvaguardar el capitalismo de lo que llaman bolchevismo. Si el capitalismo pasado de moda fuera intelectualmente capaz de defenderse, no sería desalojado por muchas generaciones. Pero, afortunadamente para los socialistas, hay pocas posibilidades de ello.

Creo que las semillas de la decadencia intelectual del capitalismo individualista se encuentran en una institución que no es en lo más mínimo característica de sí misma, sino que se hizo cargo del sistema social del feudalismo que la precedió, a saber, el principio hereditario. El principio hereditario en la transmisión de riqueza y el control de los negocios es la razón por la cual el liderazgo de la causa capitalista es débil y estúpido. Está demasiado dominado por hombres de tercera generación. Nada hará que una institución social decaiga con más certeza que su apego al principio hereditario. Es un ejemplo de esto que, por lejos la más antigua de nuestras instituciones, la Iglesia, es la que siempre se ha mantenido libre del defecto hereditario.

Del mismo modo que el Partido Conservador siempre tendrá su ala *dura de matar*, el Partido Laborista siempre estará flanqueado por el *Partido de la Catástrofe*: jacobinos, comunistas, bolcheviques, como quieran llamarlos. Esta es la parte que odia o desprecia a las instituciones existentes y cree que un gran bien resultará simplemente de derrocarlos, o al menos que derrocarlos es el antecedente necesario para cualquier gran bien. Este partido solo puede florecer en una atmósfera de opresión social o como reacción contra las reglas *duras de matar*. En Gran Bretaña es, en su forma extrema, numéricamente muy débil. Sin embargo, su filosofía en forma diluida impregna, en mi opinión, a todo el Partido Laborista. Por moderados que sean sus líderes, el éxito electoral del Partido Laborista siempre dependerá

de que haga un ligero llamamiento a las pasiones y celos generalizados que encuentran su pleno desarrollo en el *Partido de la Catástrofe*. Creo que esta simpatía secreta con la política de la catástrofe es el gusano que roe la navegabilidad de cualquier nave constructiva que el Partido Laborista pueda lanzar. Las pasiones de malignidad, celos, odio hacia aquellos que tienen riqueza y poder (incluso en su propio cuerpo), se asocian con ideales para construir una verdadera república social. Sin embargo, es necesario que un líder laborista exitoso sea, o al menos parezca, un poco salvaje. No es suficiente que él ame a sus semejantes, él también debe odiarlos.

Entonces, ¿qué quiero que sea el Partido Liberal? Por un lado, el Conservadurismo es una entidad bien definida, con una derecha *dura de matar* que le da fuerza y pasión, y una izquierda de lo que se puede llamar "el mejor tipo" de los educados y humanos conservadores librecambistas, que le presta respetabilidad moral e intelectual. Por otro lado, los laboristas también están bien definidos: con una izquierda de *catastróficos* para darle fuerza y pasión, y una derecha de lo que se podría llamar "el mejor tipo" de reformadores socialistas, humanos y educados, para prestarle moral y respetabilidad intelectual.

¿Hay espacio para algo en el medio?
¿No deberíamos cada uno de nosotros aquí presentes decidir si nos consideramos "el mejor tipo" de conservadores librecambistas o "el mejor tipo" de reformadores socialistas, y terminar con esto?

Quizás sea así como terminaremos. Pero sigo pensando que hay espacio para un partido que no tome opciones de clase, y que sea libre tanto de las influencias de los *duros de matar* como de los *catastrofistas* para construir el futuro, porque ellos echarán a perder las construcciones de cada uno de los demás.

Permítanme esbozar en los términos más breves lo que concibo como la filosofía y la práctica de un partido de este tipo.

Para empezar, debe emanciparse de la madera muerta del pasado. En mi opinión, ahora no hay lugar, excepto en el ala izquierda del Partido Conservador, para aquellos cuyos corazones se centran en el individualismo anticuado y el *laissez-faire* en todo su rigor, aunque en gran medida contribuyeran al éxito durante el siglo diecinueve. Digo esto, no porque piense que estas doctrinas estaban equivocadas en las condiciones que las dieron a luz (espero que hubiera pertenecido a este partido si hubiera nacido cien años antes), sino porque han dejado de ser aplicables a las condiciones modernas. Nuestro programa no debe ocuparse de los problemas históricos del liberalismo, sino de aquellos asuntos, ya se hayan convertido o no en cuestiones del partido, que hoy son de interés vivo y de importancia urgente. Debemos correr riesgos de impopularidad y burla. Luego, nuestras reuniones atraerán multitudes y nuestro cuerpo ganará fuerza.

Segunda parte

Divido las cuestiones de hoy según cinco titulares:

Cuestiones sobre la paz;
Cuestiones de gobierno;
Cuestiones sobre sexo;
Cuestiones sobre drogas;
Cuestiones económicas.

Sobre las cuestiones de paz seamos pacifistas al máximo. Con respecto al Imperio, no creo que haya ningún problema importante, excepto en India. En otros lugares, en lo que respecta a los problemas del gobierno, el proceso de desintegración amistosa ahora está casi completo, para el gran beneficio de todos. Pero en lo que respecta al pacifismo y los armamentos, solo estamos al principio. Quisiera correr riesgos en interés de la paz, como en el pasado hemos asumido riesgos en interés de la guerra. Pero no quiero que estos riesgos asuman la forma de un compromiso para hacer la guerra en varias circunstancias hipotéticas. Estoy

en contra de los pactos. Promover que todas nuestras fuerzas armadas defiendan a Alemania desarmada contra un ataque de Francia en la plenitud del poder militar de esta última es una tontería; y asumir que participaremos en cada guerra futura en Europa Occidental no es necesario. Pero estoy a favor de dar un muy buen ejemplo, incluso a riesgo de ser débil, en la dirección del arbitraje y el desarme.

Paso a continuación a las cuestiones del gobierno, un asunto aburrido pero importante. Creo que en el futuro el gobierno tendrá que asumir muchos deberes que ha evitado en el pasado. A estos efectos, los ministros y el parlamento serán inservibles. Nuestra tarea debe ser descentralizar y delegar donde sea que podamos, y en particular establecer corporaciones semiindependientes y órganos de administración a los que se encomendarán los deberes del gobierno, nuevos y viejos, sin afectar el principio democrático y la soberanía en última instancia del parlamento. Estas cuestiones serán tan importantes y difíciles en el futuro como lo han sido la cuestión de las inversiones (*franchise*) y las relaciones de las dos cámaras en el pasado.

Las cuestiones que agrupo como de sexo no han sido cuestiones de partidos en el pasado. Pero eso fue porque nunca fueron, o rara vez, tema de discusión pública. Todo esto ha cambiado ahora. No hay otros temas sobre los que el gran público en general esté más interesado y pocos que sean objeto de una discusión más amplia. Son de la mayor importancia social. No pueden evitar provocar verdaderas y sinceras diferencias de opinión. Algunos de ellos están profundamente involucrados en la solución de ciertas cuestiones económicas. No tengo dudas de que las cuestiones de sexo están a punto de entrar en la arena política. Los comienzos muy crudos implicados por el movimiento pro sufragio femenino fueron solo síntomas de problemas

más profundos y más importantes debajo de la superficie. El control de la natalidad y el uso de anticonceptivos, las leyes matrimoniales, el tratamiento de delitos sexuales y anomalías, la posición económica de la mujer, la posición económica de la familia. En todos estos asuntos, el estado actual de la ley y de la ortodoxia aún es medieval, fuera de contacto con la opinión civilizada y la práctica civilizada y con lo que las personas, educadas y sin educación, se dicen unas a otras en privado. Que nadie se engañe a sí mismo con la idea de que el cambio de opinión sobre estos asuntos solo afecta a una pequeña clase educada en la corteza de las pasiones humanas. Que nadie suponga que son las mujeres trabajadoras las que se sorprenderán con las ideas de control de la natalidad o la reforma del divorcio. Para ellas, estas cosas sugieren una nueva libertad, la emancipación de la tiranía más intolerable. Un partido que discutiera estas cosas abierta y sabiamente en sus reuniones descubriría un nuevo y vivo interés en el electorado, porque la política trataría una vez más de asuntos sobre los que todos quieren saber y que afectan profundamente a la vida de cada cual. Estas cuestiones también se entrelazan con problemas económicos que no se pueden evadir. El control de la natalidad toca por un lado las libertades de las mujeres, y por otro lado el deber del Estado de preocuparse tanto por el tamaño de la población como por el tamaño del ejército o el monto del presupuesto. La situación de las mujeres asalariadas y el proyecto del

salario familiar afectan no solo a las mujeres, la primera en el desempeño del trabajo remunerado y el segundo en el desempeño del trabajo no remunerado, sino que también plantea la cuestión de si los salarios deberían ser fijados por las fuerzas de la oferta y la demanda de acuerdo a las teorías ortodoxas del *laissez-faire*, o si deberíamos comenzar a limitar la libertad de esas fuerzas según lo que es "justo" y "razonable" teniendo en cuenta todas las circunstancias .

Las cuestiones sobre drogas en este país están prácticamente limitadas a la cuestión de la bebida, aunque me gustaría incluir el juego en este asunto. Espero que la prohibición de las bebidas alcohólicas y de los corredores de apuestas sea buena. Pero esto no resolvería el asunto. ¿Hasta qué punto se puede permitir la humanidad aburrida y sufrida, de vez en cuando, un escape, una emoción, un estímulo, una posibilidad de cambio? Ese es el problema importante. ¿Es posible permitir licencias razonables, [saturnalias](#)¹ permitidas, carnaval santificado, en condiciones que no arruinen ni la salud ni los bolsillos de los fiesteros, y protejan de la tentación irresistible a la clase infeliz que, en América les llaman adictos?

No puedo ofrecer aquí una respuesta, sino que debo concentrarme en la más grande de todas las cuestiones políticas que también son aquellas sobre las que estoy más calificado para hablar: las cuestiones económicas. Un eminente economista estadounidense, el Profesor Commons²

¹ <https://es.wikipedia.org/wiki/Saturnales> junio 2020

² **John R. Commons (1862-1945)** es un destacado miembro de la [escuela institucionalista americana](#). Nacido en Ohio, USA, fue profesor de economía en las universidades de Wesleyan, Oberlin, Indiana, Syracuse y Wisconsin. Presidente de la *American Economic Association*. Su influencia no se debe tanto a sus escritos teóricos como a la legislación que promovió y consiguió hacer aprobar en las cámaras legislativas americanas. Su amistad con Robert

LaFollette y otros senadores progresistas impulsó una profunda reforma de la legislación laboral, especialmente en lo referente a las condiciones de seguridad e higiene en el puesto de trabajo, seguros de desempleo y programas de seguridad social para la jubilación. ¡Todo esto antes de la primera guerra mundial! John Commons investigó el papel del Estado y propuso el desarrollo de una "Economía Institucional" como síntesis de la Economía Política, el Derecho y la Ética. <https://www.eumed.net/cursecon/economistas/Commons.htm> junio 2020

([John R. Commons](#), ed.) que ha sido uno de los primeros en reconocer la naturaleza de la transición económica en medio de las etapas que estamos viviendo, distingue tres épocas, tres órdenes económicos, de los cuales estamos entrando en el tercero. La primera es la era de la escasez, "ya sea por ineficiencia o por violencia, guerra, costumbre o superstición". En ese período "existe el mínimo de libertad individual y el máximo de control comunitario, feudal o gubernamental a través de la coerción física". Este fue, con breves intervalos en casos excepcionales, el estado económico normal del mundo hasta (digamos) el siglo quince o dieciséis. Luego viene la era de la abundancia. "En un período de extrema abundancia, existe el máximo de libertad individual, el mínimo de control coercitivo a través del gobierno, y la negociación individual reemplaza al racionamiento". Durante los siglos diecisiete y dieciocho luchamos para salir de la esclavitud de la escasez hacia el aire libre de la abundancia, y en el siglo diecinueve esta época culminó gloriosamente con las victorias del *laissez-faire* y del liberalismo histórico. No es sorprendente ni desacreditable que los veteranos del partido miren atrás hacia esa edad más fácil. Pero ahora estamos entrando en una tercera era, que el Profesor Commons llama el período de estabilización, y que caracteriza como "la alternativa real al comunismo de Marx". En este período, dice, "hay una disminución de la libertad individual, impuesta en parte por decisiones gubernamentales, pero principalmente por decisiones económicas por medio de acciones concertadas, ya sean secretas, semiabiertas, abiertas o arbitrarias, entre asociaciones, corporaciones, sindicatos y otras agrupaciones de fabricantes, comerciantes, trabajadores, granjeros y banqueros". Los abusos de esta época en los ámbitos del gobierno son el fascismo por un lado y el bolchevismo por el otro. El socialismo no ofrece un camino medio, porque también surge de los presupuestos de la era de la abundancia, tanto del individualismo

del *laissez-faire* como del juego libre de las fuerzas económicas. Ante estos últimos, casi solos entre los hombres, todavía se inclinan lastimosamente los editores de portada (*City Editors*), ensangrentados y con los ojos vendados.

La transición de la anarquía económica a un régimen que apunte deliberadamente a controlar y dirigir las fuerzas económicas a favor de la justicia social y la estabilidad social, presentará enormes dificultades tanto técnicas como políticas. Sin embargo, sugiero que el verdadero destino del nuevo liberalismo es buscar su solución.

Sucede que hoy tenemos ante nosotros, en el caso de la industria del carbón, un ejemplo práctico de los resultados de la confusión de ideas que ahora prevalece. Por un lado, el Tesoro y el Banco de Inglaterra están aplicando una política ortodoxa del siglo diecinueve basada en el supuesto de que los ajustes económicos pueden y deben ser provocados por el juego libre de las fuerzas de oferta y demanda. El Tesoro y el Banco de Inglaterra todavía creen o, en cualquier caso, lo hicieron hasta hace una o dos semanas, que las cosas seguirían el supuesto de la libre competencia y la movilidad del capital y el trabajo, y que eso ocurre en la vida económica de hoy.

Por otro lado, no solo los hechos, sino también la opinión pública, se han alejado mucho en dirección a la época de estabilización del Profesor Commons. Los sindicatos son lo suficientemente fuertes como para interferir con el juego libre de las fuerzas de la oferta y la demanda, y la opinión pública, aunque con queja y con más de una sospecha de que los sindicatos se están volviendo peligrosos, apoya a los sindicatos en su principal argumento de que los mineros de carbón no deberían ser víctimas de crueles fuerzas económicas que nunca pusieron en marcha.

La idea del partido del viejo mundo, según la cual se puede, por ejemplo, alterar el valor del dinero y luego dejar que las fuerzas de la oferta y la

demanda realicen los ajustes consiguientes, pertenece a los días de hace cincuenta o cien años, cuando los sindicatos eran impotentes, y cuando se permitió que el [Juggernaut](#)³ económico se estrellara a lo largo de la carretera del progreso sin obstrucción e incluso con aplausos.

La mitad del manual de sabiduría de nuestros estadistas se basa en suposiciones que alguna vez fueron ciertas, o parcialmente ciertas, pero ahora son cada vez menos verdaderas día a día. Tenemos que inventar una nueva sabiduría para una nueva era. Y mientras tanto, si queremos hacer algo bueno, debemos parecer poco ortodoxos, problemáticos, peligrosos, desobedientes con los que nos engendraron.

En el campo económico, esto significa, en primer lugar, que debemos encontrar nuevas políticas y nuevos instrumentos para adaptar y controlar el funcionamiento de las fuerzas económicas, de modo que no interfieran intolerablemente con las ideas contemporáneas sobre lo que es adecuado y apropiado para los intereses de estabilidad social y justicia social.

No es un accidente que la etapa inicial de esta lucha política, que durará largo tiempo y tomará muchas formas diferentes, debería centrarse en la política monetaria. Las interferencias más violentas con la estabilidad y la justicia, a las que se sometió el siglo diecinueve, según debida satisfacción a la filosofía de la abundancia, fueron precisamente las que se produjeron por los cambios en el nivel de precios. Pero las consecuencias de estos cambios, particularmente cuando las autoridades se esfuerzan (*endeavour*) por imponernos una dosis más fuerte que la que nunca deglutió el siglo diecinueve, son intolerables para las ideas modernas y las instituciones modernas.

Hemos cambiado, en grados insensibles, nuestra filosofía de la vida económica, nuestras nociones de lo que es razonable y lo que es tolerable, y lo hemos hecho sin cambiar nuestra técnica o nuestras máximas de manual. De ahí nuestras lágrimas y problemas. Un programa del partido debe desarrollarse en sus detalles, día a día, bajo la presión y el estímulo de eventos reales; es inútil definirlo de antemano, excepto en los términos más generales. Pero si el Partido Liberal va a recuperar sus fuerzas, debe tener una actitud, una filosofía, una dirección. Me he esforzado por indicar mi propia actitud hacia la política, y dejo que otros respondan, a la luz de lo que he dicho, la pregunta con la que comencé: ¿Soy un liberal? ||

www.librevista.com nº 42

³ *Juggernaut* es una palabra que procede de la anglicación del término sánscrito Yaganatha —que es uno de los nombres por los que se conoce al dios Krisna en la religión hinduista— y significa “fuerza irrefrenable y despiadada

que en su avance aplasta o destruye todo lo que se interponga en su camino”.
<https://es.wikipedia.org/wiki/Juggernaut> junio 2020